

WILLIAM

GIBSON

THE PERIPHERAL



El futuro ya está aquí, y no es un juego.

Del creador de *Neuromante*, fundador del ciberpunk y gran nombre de la ciencia ficción, llega su primera novela desde 2010.

Flynn Fisher vive en una carretera secundaria de una zona rural de Estados Unidos donde no hay mucho trabajo, a no ser que uno se dedique a la fabricación ilegal de drogas, algo que ella intenta evitar. Su hermano Burton vive de la ayuda económica del Departamento de Veteranos que recibe a causa del daño neurológico que sufrió en Reconocimiento Háptico, una unidad de élite de los Marines. Flynn se gana la vida como puede con el dinero que consigue montando productos en la tienda de impresión 3D local. También consigue algo más como exploradora de combate en un juego on line al que juega para un rico, aunque ha tenido que dejar los juegos de disparos.

Wilf Netherton vive en Londres, setenta y pico años después, al otro lado de décadas de un apocalipsis que se ha desarrollado a cámara lenta. Ahora las cosas van bastante bien, al menos para los pudientes, y tampoco es que queden demasiados pobres. Wilf es un publicista de alto nivel y guía de celebridades que se considera un romántico inadaptado y vive en una sociedad en la que ponerse en contacto con el pasado es un pasatiempo más.

Burton gana algo de dinero extra en internet, trabajando en secreto en el prototipo de algo parecido a un juego, un mundo virtual que tiene cierta semejanza con Londres, aunque un Londres muy extraño. Convince a Flynn para que haga alguno de sus turnos, gracias a que le asegura que no se trata de un juego de disparos. No obstante, en el juego la chica es testigo de un crimen horrible.

Flynn y Wilf están a punto de conocerse. El mundo de Flynn se verá alterado por completo y de manera irrevocable, mientras que los habitantes del de Wilf, uno decadente en el que prima el poder, aprenderán que algunos de esos mundos del pasado pueden ser fabulosos.

Para Shannie

Ya he hablado del mareo y la confusión que acompaña al viaje en el tiempo.

H. G. WELLS

1

LOS HÁPTICOS

No creían que el hermano de Flynne tuviese TEPT, sino que a veces recibía impulsos de los hápticos. Dijeron que era como un miembro fantasma, lo que quedaba de los tatuajes que había llevado durante la guerra y que le decían cuándo debía correr, cuándo quedarse quieto y cuándo ser un chico malo, los que le indicaban la dirección y la distancia. Por ello le concedieron cierto grado de invalidez. Vivía en la caravana, junto al arroyo. Cuando eran niños aquel era el hogar de un tío suyo, alcohólico, veterano de alguna guerra, el hermano mayor de su padre. Burton, Leon y ella usaban la casa para jugar, como un fuerte, en el verano de sus diez años. Más adelante, Leon trató de llevar chicas al lugar, pero la caravana olía demasiado mal. Cuando Burton se licenció, estaba vacía, salvo por un nido de avispa, el más grande que habían visto jamás. Leon decía que era el objeto más valioso del lugar. Era una Airstream de 1977. Les enseñó imágenes de otras en eBay, que tenían aspecto de balas de fusil romas y que se vendían por cantidades desmesuradas de dinero, fuera cual fuese su estado. Su tío la había cubierto con espuma blanca, que ya estaba gris y sucia, para tapar las goteras y aislarla. Leon decía que eso la había salvado de que la robasen. Flynne pensaba que parecía una gran larva, pero con túneles a través de las ventanas.

Por el camino vio trocitos de aquella espuma incrustados en la tierra oscura. Las luces de la caravana estaban en-

cendidas; cuando se acercó, lo vio parcialmente por una ventana; se dio la vuelta y pudo ver en la espalda y en el costado las marcas que le habían dejado cuando le quitaron los hápticos, como si alguien le hubiese espolvoreado la piel con las escamas plateadas de un pez muerto. Decían que también podían eliminar aquello, pero a él no le apetecía seguir recordando el pasado.

—Hola, Burton —saludó Flynne.

—Hielo fácil —respondió él, usando su nombre de jugadora, al tiempo que abría la puerta con una mano y usaba la otra para ponerse una camiseta que le había proporcionado el Cuerpo de Marines, blanca y nueva, que le cubrió el pecho y la mancha plateada que tenía encima del ombligo, del tamaño y forma de un naipe.

Por dentro, la caravana era del color de la vaselina, con LED incrustados en ella, cubiertos con una capa ámbar de Hefty Mart. Flynne le había ayudado a barrerla antes de mudarse. No se había molestado en traer la aspiradora industrial del garaje; se había limitado a cubrir todo el interior con tres centímetros de un polímero chino que, al secarse, tenía un aspecto vítreo y flexible. Se veían trozos de cerillas quemadas en el interior, o el papel con estampado de corcho del filtro aplastado de un cigarrillo vendido legalmente, que tenía más años que ella. También sabía en qué parte había un destornillador de joyero oxidado, y un cuarto de dólar del año 2009.

Ahora el hombre se limitaba a sacar sus cosas fuera antes de pasar una manguera por el interior, cada una o dos semanas, como quien lava un Tupperware. Leon decía que el polímero servía para conservarla y se podía arrancar antes de poner la clásica caravana estadounidense a la venta en eBay. Al quitarlo, también desaparecía toda la suciedad.

Burton la cogió de la mano, apretó y la ayudó a entrar.

—¿Vas a Davisville? —preguntó Flynne.

—Leon me pasará a recoger.

—Shaylene ha dicho que los de Lucas 4:5 se están manifestando allí.

Se encogió de hombros y movió muchos músculos, aunque solo un poco.

—Como tú, Burton. El mes pasado, en las noticias. Aquel funeral, en Carolina.

No llegó a sonreír.

—Podrías haber matado a aquel chico.

Negó con la cabeza, apenas, mientras entrecerraba los ojos.

—Me asusta cuando haces esas cosas.

—¿Aún eres la avanzadilla de ese abogado de Tulsa?

—Ya no juega. Supongo que está ocupado con cosas de abogados.

—Eres la mejor que ha tenido. Y se lo has demostrado.

—No es más que un juego —contestó, más para ella misma que para él.

—Podía haber tenido un Marine, hubiese sido lo mismo.

A Flynne le pareció detectar eso que hacían los hápticos, un temblor, y luego nada más.

—Necesito que me sustituyas —dijo él, como si no hubiera pasado nada—. Un turno de cinco horas. Pilotar un cuadricóptero.

Flynn miró detrás de Burton, a la pantalla. Las piernas de una supermodelo danesa se encogían para entrar en un coche que nadie que ella conociese conduciría jamás, o siquiera vería en la carretera.

—Cobras paga de invalidez. Se supone que no puedes trabajar.

Él la miró.

—¿Dónde es el trabajo? —preguntó Flynne.

—Ni idea.

—¿Subcontratado? El Departamento de Veteranos te pillarán.

—Es un juego. La beta de un juego.

—¿De disparos?

—Nada de disparos. Hay que patrullar un perímetro de tres pisos en una torre, del cincuenta y cinco al cincuenta y siete, y ver qué pasa.

—¿Y qué pasa?

—*Paparazzi*. —Le mostró el dedo índice—. Objetos pequeños. Se trata de interponerse y hacerlos retroceder. Nada más.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Estarás lista antes de que venga Leon.

—Se supone que más tarde tengo que ayudar a Shaylene.

—Te daré dos de cinco. —Se sacó la cartera de los vaqueros y cogió de ella un par de billetes nuevos, con las ventanitas intactas y los hologramas brillantes.

Flynne los plegó y se los metió en el bolsillo frontal derecho de los vaqueros cortados.

—Baja las luces; me duelen los ojos.

Lo hizo, pasando la mano por la pantalla; el lugar parecía ahora el dormitorio de un chico de diecisiete años. Flynne extendió la mano y subió un poco la intensidad.

Se sentó en la silla; era china, y la reconfiguró a su altura y peso. Él se acercó un viejo taburete metálico, casi del todo despintado, e hizo un gesto para abrir una pantalla.

MILAGROS COLDIRON S.A.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—La gente para la que trabajamos.

—¿Cómo te pagan?

—Hefty Pal.

—Te van a pillar, seguro.

—Va a una cuenta de Leon —explicó. Leon había servido en el Ejército casi al mismo tiempo que Burton en los Marines, pero no tenía ninguna pensión de invalidez. Como decía su madre, no podía alegar que era allí donde se ha-

bía vuelto idiota. En realidad, Flynne siempre había creído que, en el fondo, Leon era astuto y vago.

—Necesito el nombre de usuario y la contraseña. Hat trick. —Así pronunciaban los dos su nombre de jugador, HaptRec, para mantener la privacidad. Se sacó un sobre del bolsillo de atrás, lo desplegó y lo abrió. El papel tenía un aspecto grueso, cremoso.

—¿Es de Fab?

Sacó un pedazo alargado del mismo papel, impreso con lo que parecía un párrafo entero de caracteres y símbolos.

—Si lo escaneas o lo escribes fuera de esa pantalla, nos quedamos sin trabajo.

Recogió el sobre de lo que parecía haber sido una mesa de camping plegable. Era material de oficina de primera calidad de Shaylene, guardado justamente en el primer estante. El que utilizaba cuando llegaban pedidos de grandes empresas o abogados importantes. Pasó el pulgar por el logotipo de la esquina superior izquierda.

—¿Medellín?

—Empresa de seguridad.

—Dijiste que era un juego.

—Son diez mil dólares, directos a tu bolsillo.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Dos semanas ya. Domingos libres.

—¿Cuánto te pagan?

—Veinticinco mil por paga.

—Que sean veinte, pues. Por avisar con poco tiempo y porque estoy timando a Shaylene.

Le dio otros dos billetes de cinco.

2

ZONA DE PELIGRO

Cuando Netherton se despertó, el sello de Rainey le latía despacio detrás de los párpados. Abrió los ojos. Antes de mover la cabeza, confirmó que estaba en la cama, solo; buenas noticias, en las circunstancias actuales. Poco a poco, levantó la cabeza de la almohada hasta ver que su ropa no estaba donde suponía que la había dejado caer. Sabía que los limpiadores habrían salido de su nido junto a la cama, se la habrían llevado, la habrían despojado de cualquier cuanto invisible de grasa, escamas de piel, partículas atmosféricas, residuos de comida, otros.

—Manchado —pronunció, con voz pesada, después de imaginar por un instante limpiadores para la psique, y dejó caer la cabeza.

El sello de Rainey empezó a parpadear con urgencia.

Se sentó con cuidado. Ponerse de pie sí que hubiese sido una prueba difícil.

—¿Sí?

El parpadeo se detuvo.

—*Un petit problème* —dijo Rainey.

Cerró los ojos, pero así solo veía el sello. Volvió a abrirlos.

—Ella es tu puto problema, Wilf.

Se estremeció; se asombró del dolor que le provocó aquel gesto.

—¿Siempre has tenido esta vena puritana? No me había dado cuenta.

—Tú eres publicista y ella es una celebridad. Sois de especies distintas —afirmó la mujer.

Wilf notaba picor en los ojos, que le parecieron demasiado grandes para sus órbitas.

—Debe de estar acercándose a la Isla de basura —dijo él, tratando reflexivamente de sugerir que estaba alerta y consciente, no con una resaca terrible, como era de esperar.

—Están casi encima de ella. Con tu problema.

—¿Qué ha hecho?

—Uno de sus estilistas también es, sin lugar a dudas, tatuador.

De nuevo, el sello dominó su oscuridad privada llena de dolor.

—No lo ha hecho —dijo él, abriendo los ojos—. ¿Lo ha hecho?

—Lo ha hecho.

—Teníamos un acuerdo verbal muy específico al respecto.

—Arréglalo. Ahora. El mundo está pendiente, Wilf. La parte que hemos podido reunir, al menos. Se preguntan si Daedra West hará las paces con los isleños. ¿Decidirán apoyar nuestro proyecto? Nosotros queremos una respuesta afirmativa para ambas preguntas.

—Se comieron a los dos últimos enviados. Alucinaban en sincronía con una selva de código, convencidos de que sus visitantes eran bestias espirituales chamánicas. El mes pasado pasé tres días dándole instrucciones en el Connought. Dos antropólogos, tres cuidadores neoprimitivistas. Nada de tatuajes. Una epidermis completamente nueva, perfectamente virgen. Y ahora esto.

—Convéncela para que no lo haga, Wilf.

Se puso en pie y tanteó su equilibrio. Desnudo, renqueó hasta el baño y meó de la manera más ruidosa posible.

—¿Para que no haga qué, exactamente?

—Lanzarse en parapente...

—Ese ha sido el plan...

—Sin nada puesto, salvo sus nuevos tatuajes.

—¿En serio? No.

—En serio.

—Su estética, por si no lo has notado, está relacionada con cánceres de piel benignos y pezones supernumerarios. Los tatuajes convencionales pertenecen claramente a la iconografía del poder. Es como llevar un anillo peneano para ir a visitar al papa y asegurarse de que lo ve. De hecho, es peor que eso. ¿Cómo son?

—Escoria poshumana, según tu definición.

—¡Los tatuajes!

—Tienen algo que ver con el Giro. Abstractos.

—Apropiación cultural; fantástico. No podría ser peor. ¿En la cara? ¿En el cuello?

—No, por suerte. Si puedes convencerla para que lleve el mono que estamos imprimiendo en la autocaravana, quizá aún tengamos proyecto.

Miró al techo. Imaginó cómo se abría, y a él mismo ascendiendo. Hacia no sabía qué.

—También está el asunto de nuestro patrocinio saudí —dijo ella—, que es considerable. Llevar tatuajes visibles sería forzarlo un poco. La desnudez no es negociable.

—Podrían tomársela como indicación de disponibilidad sexual —dijo él, que también lo había pensado.

—¿Los saudíes?

—Los isleños.

—Podrían pensar que se ofrece como almuerzo. Aunque fuese el último. Durante la próxima semana, aproximadamente, es una zona de peligro, Wilf. Basta con robarle un beso para entrar en *shock* anafiláctico. También ocurre algo con las uñas, pero sobre eso tenemos menos información.

Se envolvió la cintura con una toalla blanca gruesa. Miró con atención la garrafa de agua que había en el mostrador de mármol. El estómago le dio un vuelco.

—Lorenzo —dijo ella el momento en que apareció un sello desconocido—, Wilf Netherton, en Londres, te recibe.

Estuvo a punto de vomitar debido a la inesperada conexión: una luz brillante sobre la Isla de basura, la sensación de movimiento hacia delante.

3

APARTANDO BICHOS

Logró colgarle el teléfono a Shaylene sin mencionar a Burton. Shaylene había salido con él varias veces en el instituto, pero su interés se había incrementado cuando él volvió de los Marines, con aquel pecho musculoso e historias sobre Reconocimiento Háptico 1. Flynnne imaginaba que lo que Shaylene hacía era lo que los programas de televisión sobre relaciones llamaban «idealizar patologías». Aunque tampoco había nada mejor donde elegir a nivel local.

Tanto a ella como a Shaylene les preocupaba que Burton se metiese en problemas por culpa de los Lucas 4:5, pero eso era lo único en lo que coincidían en lo que a él respectaba. A nadie le gustaban los de Lucas 4:5, pero lo de Burton con ellos era tremendo. Tenía la sensación de que cumplían alguna función útil, pero aun así la asustaban. Habían empezado como iglesia, o en una iglesia, y no les gustaban los gays ni los abortos ni el control de la natalidad. Una de las cosas que hacían era montar protestas en funerales militares. Básicamente no eran más que un montón de gilipollas, y les gustaba medir el grado de satisfacción de Dios con ellos en el hecho de que todo el mundo pensase que eran gilipollas. Para Burton eran una forma de evitar lo que fuese que lo mantenía bajo control el resto del tiempo.

Shaylene se inclinó hacia delante para buscar debajo de la mesa la funda de nailon negro en la que Burton guardaba el *tomahawk*. No quería que fuese a Davisville con él. Lo